

## **RECORDAR PARA NO OLVIDAR**

### **La esperanza de una Tierra Nueva en tiempos de pandemia**

Esther Velázquez Alonso  
Mairena del Aljarafe (Sevilla)  
28 de abril 2020

*Agradecimientos sinceros y amorosos a los y las estudiantes del Master en Derechos Humanos, Interculturalidad y Desarrollo, de la Universidad Pablo de Olavide, que tanto me han inspirado en estos días de pandemia, ayudándonos a recordar para no olvidar*

Este escrito nace por una necesidad, después de 45 días de confinamiento, de expresar algo que llevo semanas senti-pensando. Lo escribo, como suelo hacer últimamente, solo para mí, para intentar entenderme, comprenderme, más allá de lo puramente racional. Escribir me ayuda; sacar de mí lo que se va cociendo a fuego lento... No intento convencer a nadie ni pretendo generar ningún debate, pero si por esas no-casualidades de la Vida te ayuda a recordar, bienvenido sea...

Una de las inquietudes que tengo cada vez que me siento a escribir es cómo darle voz a lo que siento; cómo escribirlo, en qué tono, con qué palabras, de qué forma. Llevo años escribiendo "académicamente" y, sinceramente, estoy cansada de tener que estar justificando y argumentando cada cosa que siento o pienso. Por eso, muchas veces me decanto, simplemente por escribir, sin tener que estar pendiente de citar a otros autores que me hayan precedido. Sin embargo hoy, movida por el agradecimiento a las mujeres y hombres que han ido nutriendo mi camino, ayudándome a recordar, este escrito cabalga entre lo académico y lo estrictamente personal.



Actualmente vivimos una grave crisis ambiental cuyo máximo exponente es el cambio climático; pero ya existían muchas voces que venían diciendo que además de una crisis puramente ecológica, era también existencial y espiritual (Stanley, 2013; Pigem, 2013; Fuentes, 2017). Cuando hablo de tal crisis me refiero no solo a una crisis como especie, sino como seres que hemos olvidado quiénes somos, que hemos olvidado el sentido y el propósito de nuestra existencia. Y ha tenido que venir una pandemia en forma de virus letal no solo para que paremos, sino para que escuchemos, para que nos atrevamos a ver lo evidente, para que nos atrevamos a ver, a vernos. Para que nos demos permiso para recordar, y recordar para no olvidar.

Somos muchos los que desde hace años venimos alertando de que el mundo que nos hemos construido no funciona (Pigem, 2013, Velázquez E, 2013). Esta forma de entender la Tierra, mal llamada "medio ambiente", como algo separado de nosotros, esta forma antropocéntrica, patriarcal y materialista, no funciona. No hay que ser muy hábil para darse cuenta; a las pruebas

me remito. Hay ya estudios que demuestran que este virus es el resultado, precisamente, de esta forma de vivir (Valladares, 2020). Ahora bien, podemos continuar como siempre; volveremos a salir de casa y volveremos a la normalidad, esa que nos ha traído hasta aquí. O podemos, por el contrario, parar aunque sea solo un momento, y darnos cuenta que algo está pasando, no solo "fuera", sino también "dentro", y escuchar, ver, recordar... para no olvidar.

Muchas veces durante estos días me he preguntado qué me trae esta pandemia. Hoy comienzo a vislumbrarlo. Son evidentes los efectos en el mundo exterior: la gente se contagia a ritmos sin precedentes; muere hacinada, sin despedirse, sin relaciones, sin abrazos, sin contacto; una deshumanización nunca antes vista, a lo que se le suma una desconocida crisis social y una descarnada crisis económica... El miedo campa a sus anchas...

Por otro lado, el cambio climático es una pandemia aún mayor, evidente para una gran mayoría desde hace casi cincuenta años (Meadows *et al*, 1972; Velázquez R, 1980). La Tierra grita, nos lo dice a voces: las especies se extinguen, los polos se deshuelan, las selvas y los bosques se arrasan, el aire se hace irrespirable, el agua se envenena, incendios que devoran, inundaciones que ahogan... Pero todo esto no "se hace", como si de la mano invisible de Adam Smith se tratara, sino que "nosotros" lo estamos haciendo, nos lo estamos haciendo. Y me resulta duro darme cuenta cómo, a pesar de la evidencia tan apabullante de estos síntomas, hemos reaccionado de una forma mucho más contundente contra el virus que contra el cambio climático. Como si no fuera con nosotros; como si no fuéramos los responsables tanto de una cosa como de la otra; como si fuera "otra cosa" y no nosotros...

A pesar de todo ello, aún no vemos que éstos, tanto los de la pandemia como los del cambio climático, no son más que los síntomas de una enfermedad mayor. Estos son los síntomas que se expresan en el "mundo exterior", y que nos negamos a ver como tales. Hemos olvidado que no somos "nosotros-Ella", sino que existe una profunda interconexión con todo, que la dualidad es puro espejismo, como nos recordaba Einstein. Hasta que no recordemos y nos demos cuenta que atacando el síntoma no solucionamos el problema, no habrá solución ni para esta pandemia ni para el cambio climático.

Pero si difícil se nos hace ver el verdadero problema "fuera", más allá de los síntomas, cuánto más nos negamos a ver que algo similar está ocurriendo en nuestro mundo interior y que "los fenómenos naturales y nuestras crisis internas están conectados en una sincronización insoslayable que no podemos dejar de ignorar" (Llano, 2015, 260). Todo lo que vemos "fuera", también está ocurriendo "dentro" (Vaughan Lee, 2013; Cavallé, 2008). Y ni nos estamos enterando. Tal vez esta sea la mayor tragedia, la mayor de las pandemias.

Es importante darnos cuenta que aquello que ya ha demostrado la Física Cuántica, que todo está relacionado, va más allá; que las relaciones no se establecen únicamente entre lo físico, sino que hay otras relaciones que interconectan el mundo exterior con el interior (Vaughan-Lee, 2019), porque en realidad no hay fuera ni dentro; todo es lo mismo. Todo es uno, como vienen diciendo las antiguas tradiciones espirituales desde hace cientos de años, lo que saben muchos pueblos aborígenes (Morgan, 1991; Brown, 1998) y lo que desde hace años vislumbra la ciencia (Capra, 1975). Esto es lo que hemos olvidado. La profunda relación con todo lo que nos rodea. Hemos olvidado el significado y el sagrado propósito de la existencia humana.

Este olvido, en ocasiones, cuando ponemos algo de atención y consciencia, nos puede hacer sentir una profunda tristeza, un oscuro vacío; un dolor que no entendemos de dónde viene; un dolor que es más grande que nosotros. Es el dolor de la Tierra, de lo perdido, de lo olvidado, de lo sagrado (Warden, 2017). Por eso, tal vez, se nos hace tan difícil recordar, porque duele, porque nos asusta.

Pero no solo por eso; también porque, muchas veces, las voces con "autoridad" en este mundo racional y patriarcal nos aconsejan asirnos con fuerza a un mundo de éxitos sociales y de estatus, "con lo que miles de los llamados renuncian a recordar" (Llano, 2015, 179); un mundo donde solo cabe la racionalidad cartesiana, lo científico, lo demostrable, aunque sea indemostrable. Un mundo en el que es más fácil olvidar...

El otro día una estudiante de postgrado me preguntaba: ¿Y cómo recordar para no olvidar? Esa pregunta se me quedó en el alma, rondando... Creemos que recordar es algo de la "cabeza", de nuestra parte intelectual; esto es lo que hemos aprendido siguiendo las enseñanzas del viejo paradigma cartesiano. Sin embargo, recordar, que en su etimología latina significa "volver a pasar por el corazón", es esto exactamente, volver a "pasar", pero no quedarnos ahí. Es "pasar" por el corazón de camino a Casa, de camino al alma<sup>1</sup>. Nuestra alma sabe, solo tenemos que dejarla llegar a Casa. Primero "entendemos" intelectualmente, como nos han enseñado; luego, o tal vez antes, si el corazón siente y se conmueve, algo vibra dentro de nosotros, y esa leve vibración sirve para que lo entendido llegue al alma; una vez allí, recordamos. Si nada vibra, si lo entendido queda en pura racionalidad, seguramente olvidemos pronto. Recordar es cosa del alma, no una mera construcción mental.

El camino de la consciencia evoluciona en una espiral de ida y vuelta. Lo recordado es colectivo, no es nuestro, de nuestro pequeño ego. Es algo mucho más grande que nosotros y por eso una vez recordado, comienza el camino de vuelta, pasa de nuevo por el corazón hasta llegar a la cabeza, para poder expresarlo y comunicarlo, ahora sí, de una forma racional y amorosa. De esta manera contribuimos a que el recuerdo se expanda, poniéndolo al servicio. Recordar es cosa del Ser, no del ego.

¿Y cómo hacemos para recordar? Si la sabiduría nos indica que para conocer algo en profundidad solo hemos de *serlo* (Cavalle, 2014), pues precisamente porque esto tiene que ver con el Ser, no tenemos que hacer nada... solo dejarnos ser en nuestra verdadera esencia, con humildad (Kumar, 2013), dándonos cuenta que no somos más que una fresca brizna de hierba; que no somos más que el agua que cae en un día de lluvia. Que somos tan sagrados como esa brizna de hierba, tan sagrados como el agua. Solo tenemos que aprender a escuchar, a ver... a escucharnos, a vernos... nada más... solo esto... solo Ser...

Este escuchar y ver, no es simplemente oír y mirar; eso ya lo hacemos. Es un escuchar y un ver profundo, atento, abierto, consciente. Dispuestos a recibir, a escuchar y a ver lo que hasta ahora no hemos escuchado ni visto. Es una "decisión", la de ver y escuchar de esta nueva manera, para hacerlo por encima de otras voces y miradas que nos despistan de lo esencial, de nuestra propia esencia, esa que solo podemos encontrar en el Silencio, en una actitud de profunda receptividad.

---

<sup>1</sup> Cuando hablo de "alma" no me estoy refiriendo a ella desde un sentido religioso. Me refiero a esa profunda conexión con una misma, que nos lleva a la Unidad con lo que somos.

Esta receptividad proviene del Femenino (Warden, 2017), de esa capacidad para esperar, para ver lo que otros no ven, no porque no puedan, sino porque no quieren; esa intuición para escuchar el llanto de un bebé antes de que se produzca; esa capacidad de crear en las profundas aguas del Ser. Es simplemente Presencia, Ser; es la propia Vida, la Vivencia personal de cada uno. Es sencillo, esto es lo maravilloso. Esta es la magia. Para recordar y no olvidar solo tenemos que dejarnos ser, dejarnos llegar a Casa, y una vez allí, de una forma amorosa, ponerlo al servicio.

Así, hoy, cuando veo cómo sigue lloviendo en un mes de abril inusualmente lluvioso, cuando me sigo preguntando qué me ha traído el Covid-19, me respondo... Me trae la posibilidad de darme cuenta que, efectivamente, todo, absolutamente todo está relacionado; no solo todo lo de fuera sino también lo de fuera con lo de dentro. Me trae la posibilidad de parar para escuchar y ver lo que está pasando fuera, para escucharme y verme lo que está pasando dentro, y poder relacionarlo.

Me trae la capacidad para darme cuenta de que estamos enfermándonos por un virus que nos dificulta respirar (dentro), precisamente lo que estábamos haciendo con Ella (fuera) con toda la contaminación, no solo atmosférica. Me obliga a darme cuenta que el tiempo de confinamiento, no es solo el que nosotros necesitamos (dentro), sino el que también necesita Ella para recuperarse (fuera). Limpiamos nuestras casas (dentro) como se está limpiando Ella (fuera), y me maravillo al ver cómo sus aguas se vuelven cristalinas, la atmósfera se limpia, los animales regresan; y me pregunto, ¿qué estará pasando dentro de mí con toda esta limpieza? ¿qué aguas se estarán volviendo transparentes, qué aire limpio, que estará regresando en mi interior?... Me doy cuenta cómo necesitamos el afecto como el aire que respiramos; el mismo que necesita Ella; el cuidado, la cooperación entre todos frente a la vil competencia, porque en Ella, como bien nos recuerda Margulis, todo es cooperación (Puche, 2020). Y recuerdo que esta nueva visión sobre la Tierra, sobre Gaia, no es nueva (Lovelock, 1979), es más es ya muy antigua, y también la hemos olvidado.

Me trae el regalo de escuchar como en Mapuche, el agua, *Mawü*, es la sangre; y como la Madre-Tierra lleva más de un mes auto-trasfundiéndose; y me asombro ante la rapidez con la que se regenera. Nos obliga a quedarnos en casa, para ver si llegamos a Casa... a lo más sagrado... a nosotros... a Ella, "a la Gran Madre, a la madre de todas las madres, de la que desde siempre y para siempre seremos parte" (Ferrerira, 2014).

Urge recordar para no olvidar la profunda conexión con la Madre-Tierra, con nosotros, con lo más sagrado, que somos Uno con Ella. Estoy convencida que si recordamos para no olvidar, si recordamos el sentido y el propósito de nuestra existencia, y lo hacemos desde esta nueva forma receptiva de escuchar y de ver, entonces hay esperanza para una Tierra Nueva (Warden, 2019) en la que no sea el miedo sino el Amor el que campe a sus anchas porque, "en definitiva, la Vida eligió el Amor para fluir" (Muñoz, 2015).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Brown JE. 1998. *Madre Tierra, padre cielo. Los indios de Norteamérica*. Los pequeños libros de la sabiduría, Barcelona (2009, segunda edición).

Capra F. 1975. *El tao de la Física*. Editorial Sirio, Málaga (2000, tercera ed.).

Cavallé, M. 2008. *La sabiduría de la no-dualidad. Una reflexión comparada entre Nisargadatta y Heidegger*. Kairós, Barcelona.

Cavallé, M. 2014, *La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia*. Kairós (primera ed. 2002). Barcelona.

Ferreira de Asis, MA. 2014. "Gaia, la madre de todas las madres". *Revista de AETG*, núm. 34. *La Madre*. Asociación Española de Terapia Gestalt. Madrid.

Fuentes González, JA. 2017. *Sobre la crisis civilizatoria y las alternativas: de la industrialización de la vida a un pluriverso de realidades*. Tesis Doctoral, UPO. (<https://rio.upo.es/xmlui/handle/10433/5364>)

Kumar, S. 2013. *Three dimensions of ecology: soil, soul and society*. En Vaughan-Lee (2013, 135- 147).

Lovelock, JE. 1979. *Una nueva visión de la vida sobre la Tierra*. Ediciones Orbis (ed. 1983), Barcelona.

Meadows, D.; Meadows, D.; Randers, J.; Behrens WW. 1972. *Los Límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. Fondo de Cultura Económica, México.

Morgan, M. 1991. *Las voces del desierto*. Penguin Random House Ed. (2018, décimo tercera ed.)

Muñoz, B. 2015. *El zen y las constelaciones familiares. Caminos hacia la No-dualidad*. Ediciones Mandala, Madrid.

Pigem, J. 2013. *La nueva realidad. Del economicismo a la conciencia cuántica*. Kairós, Barcelona.

Puche, F. 2020. *Lynn Margulis; una revolución en la biología*. Cuadernos de Apoyo mutuo N° 9. Ediciones del Genal y Ediciones El Acebuche Libertario. Málaga.

Stanley J, Loy D. 2013. "At the edge of the roof: te evolutionary crisis of the human spirit". En Vaughan-Lee (2013, 43-54).

Valladares, F. 2020. <https://www.valladares.info>

Vaughan-Lee, L. 2013. *Spiritual Ecology. The Cry of the Earth*. Ed. Lewellyn Vaughan-Lee.

Vaughan-Lee, L. 2019. *Including the Earth in our prayers. A global dimension tu Spiritual Practice*. The Golden Sufi Center. USA.

Velázquez, R. 1990. *Energía, Ecología, Economía*. Mimeo.

Velázquez, E. 2013. "¡Atrévamonos a romper los viejos paradigmas! Desde la Universidad y la Economía Ecológica hacia la Integración y la Consciencia". *POLIS, Revista latinoamericana*, 35

Warden, A. 2017. *El llamado de mi corazón. Una autobiografía espiritual. Libro digital*.

Warden, A. 2019. *Una mujer nueva. El amor, el poder y la sabiduría de nuestra esencia femenina*. Libro digital.